

La Hora de los Chakarunas

DR. JACQUES MABIT

Médico, fundador del Centro Takiwasi

Prólogo a la segunda edición del libro “Naturaleza Silvestre. Ceremonias de un chamán amazónico”¹ de Ana María Pérez (2008).

Las profecías del mundo andino anunciaban para nuestra época el surgimiento de los hombres-puentes (*chakaruna*), personas con vocación para establecer pasarelas entre “mundos”: mundo material versus espiritual, mundos culturales diferentes, mundo fenomenológico versus mundo arquetípico (del *numen*)... En un contexto de globalización planetaria donde las fronteras tienden a borrarse, resulta sorprendente constatar que la universalidad alcanza a las partes más recónditas de nuestra humanidad, inclusive a los espacios de artes curativas y espirituales de grupos étnicos alejados. La Amazonía peruana es uno de estos espacios que se van abriendo a las exploraciones de los occidentales que últimamente llegan a invadir en tiempos veraneos las ciudades y aldeas amazónicas en olas de “turistas espirituales”, creando lo que se llamó a denominar el fenómeno del “turismo chamánico”. En ellos encontramos las más variables motivaciones, desde la curación física hasta la experiencia mística, de la curiosidad por el exotismo hasta el agregar una experiencia psíquica más a su lista de ingesta de drogas.

Los hombres-puentes proceden de los lados opuestos, del mundo occidental como del mundo indígena: el puente se cruza en ambas direcciones. En esta peculiar obra tenemos un ejemplo perfecto de esta nueva dinámica. Don Alejandro se expresa a través de sus artes curativas, sus cantos o *ícaros*, sus prácticas terapéuticas, abriendo sus puertas a los no indígenas. Ana María Pérez se expresa a través de sus competencias de comunicadora social que sabe traducir su experiencia mediante la escritura de corte occidental y capaz de escuchar con respeto las voces antiguas del mundo indígena. Don Alejandro es un analfabeto del lenguaje racional, lineal, categorizante donde Ana María es experta. A su vez ella está a la escuela de la pericia de Don Alejandro en el lenguaje metafórico, analógico, transracional que heredó de sus ancestros. Ella organiza un viaje a Italia y él le guía al viaje al mundo invisible.

¿Dónde se produce el encuentro entre esas dos personas que simbolizan una reparación del desencuentro entre los europeos y los indios de hace cinco siglos atrás? En medio del puente.

Y la primera figuración de este puente me parece ser la del corazón, el lugar donde dos seres humanos pueden no solamente tolerar sus diferencias sino apreciarlas y hasta amarlas. Corazón ubicado entre las fuerzas instintuales del “vientre” y las potencias racionales de la “cabeza”.

En este espacio transcultural, emergen los arquetipos comunes a toda la humanidad, expresando esos invariantes que constituyen el capital de la raza humana. Más allá de la coloración cultural de su expresión, los símbolos (sin-boleín: lanzar juntos, reunir los sentidos) representan el lenguaje universal. La figuración simbólica expresa

¹ PÉREZ Ana María “Naturaleza Silvestre. Ceremonias de un chamán amazónico”, pp.5-14, Editorial Universidad Bolivariana, Santiago, Chile, 2008. ISBN: 978-956-8024-89-5

verdades válidas desde el nivel más físico hasta el nivel más espiritual. El sol es a la vez este astro que ilumina y calienta como también la manifestación de la Luz espiritual que alumbra la mente y el espíritu humanos, y calienta su corazón. Nos permite orientarnos (desde el Oriente donde nace) en esta realidad material como nos guía Dios en la dimensión del mundo invisible. Sin el astro orientador, nuestra vida se vuelve un posible desastre, un confuso caos.

La coherencia simbólica del puente se manifiesta de manera múltiple en todas las instancias de la vida. Y no es casualidad si la anatomía designa como puente límbico la estructura cerebral que une ambos hemisferios del cerebro. El hemisferio derecho asume las funciones llamadas “melódicas” de la intuición, la emoción, la percepción globalizante del entorno. Don Alejandro, por su cultura y por su entrenamiento de maestro curandero, ha desarrollado de manera peculiar esas funciones. Ana María Pérez, por su cultura y por su formación académica, ejerció especialmente el hemisferio izquierdo portador de las funciones llamadas “epicríticas”, las del raciocino, de la sistematización, de la lógica linear. Y ambos hemisferios deben colaborar de manera coherente para que el ser humano pueda ejercer eficazmente las funciones básicas de memoria (*mnesis*), conocimiento (*gnosis*) y actuación adecuada con la realidad (*praxis*). En nuestra época de reto a la supervivencia de la humanidad, reto que afecta tanto a los pueblos primigenios como a la sociedad occidental, ambas partes de la humanidad, con sus respectivos tesoros y habilidades, están obligadas a unirse, conocerse, educarse mutuamente. El encuentro de Don Alejandro y Ana María prefiguran este indispensable y necesario compañerismo, condición de la salvación de la humanidad, que debe llegar hasta el reconocimiento de una fraternidad auténtica.

¿Será pura casualidad que este cuerpo calloso o puente límbico sea fundamental para determinar el “humor” de un sujeto, su estado de ánimo? Esta formación anatómica se ubica en la base del cerebro o cerebro antiguo llamado también paleo-cerebro o arqueo-cerebro. Se le denomina también cerebro reptiliano porque asume las funciones las más primitivas de supervivencia que corresponden en la escala evolutiva al estado reptiliano. ¿Será también mera casualidad que el espíritu del Ayahuasca se visualiza como serpiente hasta por personas totalmente alejadas al ámbito amazónico e ignorantes de su cosmogonía? En esta misma zona cerebral se localiza la glándula pineal que produce sustancias como la DMT (dimetil-triptamina) que genera efectos visionarios y cuya secreción se exagera en situaciones de supervivencia (choques emocionales fuertes, experiencias cercanas a la muerte, estados místicos, etc.). ¿Será una casualidad más que uno de los componentes esenciales del brebaje de Ayahuasca es precisamente la DMT? ¿Muchas coincidencias? De hecho, coincide perfectamente.

A medida que avanzan los conocimientos científicos, van comprobando lo que los maestros curanderos amazónicos afirman desde hace siglos y hasta milenios (existen evidencias trimilenarias de tomas de ayahuasca en Amazonía). Cuando estudié medicina en los años setenta, se nos dijo que la glándula pineal no servía de nada, que era solamente un vestigio arqueológico de la evolución... Recién sabemos de la muy sofisticada farmacología de los principios activos de la ayahuasca donde alcaloides triptamínicos se combinan con otros β -carbolínicos para producir efectos visionarios y purgativos. Esos conocimientos de alto grado científico fueron evidenciados mediante la vía de la subjetividad del hemisferio derecho de los ancestros de Don Alejandro. Los β -carbolínicos actúan como inhibidores de una enzima digestiva (MAO: monoaminooxidasa) : la psiquiatría contemporánea recién usó este tipo de sustancias (IMAO) como antidepresivos hace unos decenios, confirmando las indicaciones psicoterapéuticas del Ayahuasca por los tradi-practicantes indígenas. Se demostró últimamente la presencia natural de los principios activos (y similares) del componente Ayahuasca en los líquidos corporales, a tal punto que se habló de “endo-ayahuasca”. Por lo que la ingesta de Ayahuasca reproduce mecanismos fisiológicos naturales, exacerbándolos, y no representa entonces ninguna agresión al organismo humano por sustancias extrañas a su metabolismo.

Dentro de la práctica curativa, se franquea la puerta entre ambos mundos, el de las manifestaciones concretas y directamente perceptibles de la realidad ordinaria, y el del mundo habitualmente invisible que requiere acceder a estados modificados de la conciencia ordinaria para ser percibidos. El maestro ayahuasquero ejerce una vez más su función “pontífica” (de puente) entre ambos mundos mediante la puesta en forma ritual. El ritual establece un sistema de contención e integración simbólica de las vivencias experimentadas bajo los efectos de la ayahuasca. Se trata de una verdadera “tecnología de los sagrado”, una liturgia extremadamente rigurosa que asegura a los tomadores el ingreso seguro en este “mundo-otro” como lo designan ciertos antropólogos, y más que todo el retorno sanos y salvos de esta exploración al “mundo-éste”.

En su desesperada búsqueda de respuestas a su inquietud existencial, el sujeto occidental sumergido en una sociedad desacralizada, se arriesgó a encontrar por sí mismo el camino a esta otra dimensión. Profanando las plantas sagradas de diversas culturas, dentro de su esquema consumista e inmediatecista, se atrevió a ingresar a este mundo arquetípico (numinoso según la propuesta de Jung) sin guía, sin protección, sin señales de retorno. Se olvidó de las lecciones de Pulgarcito que supo marcar el camino de retorno a casa. Exonerándose de las reglas rituales, transgredió las leyes universales. Empezó una búsqueda errática y temeraria similar al vuelo de *Icaro*, queriendo apropiarse de la verdad, de la sabiduría, de los conocimientos, sin aprender el camino, sin intencionalidad clara. Y se perdió. Sin contención, explotó. Sin integración de lo vivido, se desintegró. Confundió la ampliación de la conciencia con la inflación del ego. La coca desvirtuada en cocaína y pasta básica o crack; el opio transformado en heroína; el tabaco y el cannabis (marihuana) directamente fumados saltando la larga etapa de ingesta ritual en forma sólida o líquida señalada por las tradiciones... Esas medicinas sagradas cuyo uso fue distorsionado se transformaron entonces en el veneno que sabemos. De la manera inversa el alcohol, el “espirituoso” dentro de la ritualidad occidental se transformó en la droga mortífera del mundo indígena que se quemó con esta “agua ardiente”.

Es aquí oportuno recordar algunas verdades elementales en esa temática:

- la adicción como fenómeno masivo es típicamente occidental y, antes de la llegada de los europeos a sus tierras, desconocida en los pueblos primigenios a pesar de su uso milenarios de plantas o sustancias animales psicoactivas
- las plantas sagradas contienen sustancias visionarias mal llamadas alucinógenas ya que no se trata de percepciones falsas de la realidad sino de visualizaciones simbólicas (como en los sueños) que describen problemáticas psico-afectivas y requieren ser descifradas
- las sustancias en su uso visionario no producen nunca adicción o dependencia (por ejemplo el tabaco bebido es visionario y no se conoce ninguna adicción a ello)
- el fenómeno de las dependencias condensa todas las contradicciones del mundo occidental y por ende el sujeto toxicómano es sólo la expresión visible de la patología de toda una sociedad, su prototipo: una vía de curación de los adictos a drogas nos indicaría entonces una posible vía de sanación de la patología actual de toda la sociedad occidental

El acercamiento a lo sagrado implica una simbolización que da coherencia y seguridad a este emprendimiento. Su opuesto es el consumo sin sentido (literalmente “insensato”), donde se disocian cuerpo, mente y espíritu. Frente al “símbolo” (*sin-bolein*) se erige el “diablo” (*diabolein*: separación, disociación de los sentidos). La dimensión de la “sombra” rodea toda exploración del mundo invisible, desde las oscuridades del inconsciente personal o colectivo, hasta la manifestación de entidades diabólicas o demonios detectados de manera universal por todas las tradiciones, inclusive la occidental.

Dominado por fuerzas psíquicas y espirituales trascendentales, de una potencia extraordinaria, el adicto o toxicómano se asemeja a un poseído. Del mismo modo, el brujo quiere acceder a poderes extraordinarios sin

pagar el precio del necesario sufrimiento que requiere el aprendizaje de la humildad. Ambos se dejan posesionar por las mismas razones: ignorancia de las leyes espirituales, falta de respeto a lo trascendental, ambición de poder sin someterse a las obligaciones del aprendizaje. Don Alejandro nos advierte de los peligros que encierra la soberbia humana cuando, tal un Prometeo moderno, pretende adueñarse de los “secretos de Dios” robándolos. Desmiente que haya atajos en la vía de la realización plena de nuestra naturaleza humana donde uno no puede exonerarse de un arduo y paciente “trabajo” sobre sí mismo.

Nos desengaña también sobre una idealización de lo indígena que trata de compensar muchas veces el complejo de culpa occidental y responde al mito del “buen salvaje”. Se demarca de las corrientes neo-chamánicas donde inexpertos indígenas o no indígenas se improvisan curanderos, se auto-denominan “maestros”, y surfando sobre las olas de la “Nueva Era” (*New Age*), tratan de ubicarse en el lucrativo mercado espiritual o se auto-fascinan por los espejismos de su pseudo-poder.

Por todo ello, la Ayahuasca bien utilizada puede ser una respuesta adecuada a los problemas de adicción. Don Alejandro nos visitó en el Centro Takiwasi, en Tarapoto (Perú) donde se intenta elaborar paulatinamente un protocolo terapéutico para toxicómanos. Perteneció al “colegio” de maestros curanderos que transmitieron a médicos y psicólogos su sabiduría, su experiencia en el manejo adecuado de los estados de conciencia para el auto-conocimiento y la curación. Frente a la fascinación occidental por las “visiones” nos recuerda que ante todo se trata de purificarse, que el Ayahuasca no va sin un complejo de otras plantas y técnicas de purgación.

Al eco de los místicos cristianos como San Juan de la Cruz, nos recuerda que la vía iluminativa es precedida de la vía purgativa. En sus rituales, Don Alejandro convoca a las fuerzas curativas de las plantas y otras fuerzas de la naturaleza (los “doctorcitos” como los llama), pero sin dejar jamás de invocar constantemente al Padre Eterno como ente supremo y rector de su humilde intervención.

Es que más allá de una solidaridad de empatía entre indígenas, mestizos, blancos y cualquier ser humano bajo el sol, la fraternidad que señala el hombre-puente exige, para ser auténtica y no quedar sólo en lindas palabras, reconocerse hijos del mismo Padre, aceptar nuestra filiación al mismo Creador.

Agradecemos entonces a Don Alejandro y Ana María Pérez por darnos una lección de genuina fraternidad y contribuir a marcar con una piedrita blanca el camino de retorno al hogar común a la raza humana.